



Problemas ecológicos los tiene Sevilla por sus cuatro costados.

Andalucía Defender a Sevilla

El pasado junio, el Colegio de Doctores y Licenciados de Sevilla, junto con los grupos ecologistas Geas y Gerión, organizaron una desusada manifestación en la capital del Sur. Una manifestación en bicicleta para protestar contra la degradación del medio ambiente en Sevilla, al tiempo que intento para que el ciudadano medio comience a preocuparse por un problema que resulta vital, aunque excesivamente manipulado, por cuya circunstancia, y a la vista de la falta de una información veraz, nadie sabe a qué carta quedarse.

Y después de tal manifestación, una fiesta en el Polideportivo de Chapina, lugar que parece como si hubiera sido buscado ex profeso. Y digo esto, ya que junto a ese Polideportivo está la para muchos tristemente famosa Corta de la Cartuja, donde de forma silenciosa se siguen unas obras de remodelación del cauce del Guadalquivir, al objeto de ubicar zona para la construcción de miles de viviendas; precisamente en un lugar que los ecólogos han denunciado como de las más contaminadas de la ciudad. Exprofaso el lugar, igualmente, ya que se asienta el mismo sobre el corte del Guadalquivir, ese río al que le negaron la ciudad, a pesar de haber sido el viejo Betis la causa del nacimiento de esta Sevilla cada vez más en decadencia.

Problemas ecológicos los tiene

Sevilla por sus cuatro costados. Ahí está la creación del Polígono Industrial de la Isla, que en boca de los ecologistas, introduce en la ciudad todos los humos contaminantes de las industrias que acogieron el cauce del río como lugar de asentamiento. Ahí está ese río cercano en Chapina, que a causa de las azucareras y las industrias aceiteras, en verano y en invierno pone olores a perros muertos en Sevilla. Ahí ese Guadaira que mete prácticamente en la ciudad, tras su desagüe en el Guadalquivir poco más allá de la esclusa —y sobre todo, cuando ésta abre sus compuertas— todos los residuos cloacales no sólo de Sevilla capital, sino incluso los detritus de ciertos pueblos cercanos. Ahí está, en definitiva, la ausencia clara de zonas verdes, comidas a bocados muchas de ellas por la inquina especulativa, mientras que otras posibilidades para el establecimiento de pulmones ciudadanos, llevan años y años cifradas en posibilidades para el futuro que jamás se concretan. Dos ejemplos claros de ello: La Corchuela, cuya compra por el Ayuntamiento sevillano significó el pago de una deuda personal de un alcalde integrista y que, proyectada para posible parque, se convertirá durante años en lugar de asentamiento de chabolas, ya derruidas, aunque del parque nadie se acuerde ya; o el parque de Amate, que en dimes y diretes, lleva años y

años sin que nadie le meta mano.

Mientras sí y mientras no, los ecologistas han cogido sus bicicletas y han ido a manifestarse por las calles sevillanas, como toque de atención a sus propios ciudadanos, que sumidos en la clásica abulia de una sociedad que muestra su crisis por los cuatro costados, cada vez se ocupan menos de los problemas colectivos. Aunque pensándolo bien, la anterior afirmación resulta una verdad a medias. Que en las nuevas barriadas, donde fueron erradicados por mor de la plusvalía del metro cuadrado los jóvenes sevillanos, se viene detectando un movimiento ciudadano a niveles de asociaciones de vecinos que mañana pueden dar un excelente juego

para avivar conciencias, como contraposición a cierto posible desencanto que se observa por doquier, a la vista de la lentitud formal del Gobierno y partidos en ir a solucionar problemas muy concretos que a todos nos afectan.

Y es que, como dicen algunos integrantes de estas asociaciones jóvenes sevillanas, "el futuro para concienciar a la gente está en los barrios, en los problemas cotidianos que a todos nos afectan. Cuando seamos capaces de ponernos de acuerdo para ir solucionando éstos, nuestra sociedad va a pegar un cambio radical".

Que así sea en bien de todos. ■
FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.

Agricultura

Contra el olivo

Más de dos millones de hectáreas del territorio español, peninsular y balearico, están cubiertas de olivos. Las tierras más secas, áridas y difíciles se llenan con las manchas de olivar que van trepando por laderas insólitas, para nacer al lado de la piedra en competencia con la cabra. Más de dos millones de hombres —hombres, mujeres y niños— que viven, o malviven a veces, alrededor del olivar.

Durante gran parte del año el olivar pide poco. Son parvos los jornales que produce. Reserva su riqueza para unos meses en que el trabajo escasea, el paro estacional aumenta, no sólo en el campo, sino en las zonas urbanas, para entonces ofrecer en la recogida de sus frutos una inyección de optimismo económico, una masa de jornales que permiten a las magras economías del mundo trabajador no sólo un nivel de supervivencia, sino también una fuente de ahorro y consumo complementario.

Las Cajas de Ahorros pueden dar razón exacta del ingreso realizado al final de la recogida de la aceituna, que tantas veces ha ido a financiar empresas y obras en otras tierras, no tan necesitadas ni olvidadas.

Pero el olivar se hunde. Está en riesgo próximo de extinción o abandono. Los bajos precios de apoyo que el Gobierno fija al aceite; los créditos cortos y caros; las dificultades impuestas al cultivo por el alza lógica de jor-

nales; los altos precios de los abonos, insecticidas, recambios y materiales, imponen una reducción de las labores, con el consiguiente perjuicio de las rentas de trabajo y en el rendimiento del olivar.

Hoy, la gran propiedad olivarrera ha quedado como forma residual. Es el propietario mediano y pequeño el que alcanza más del 80 por 100 de la titulación de las tierras. El absentismo, del siglo XIX y los primeros años del XX, ha desaparecido casi por completo. El olivo es hoy símbolo de un esfuerzo de muchos años y un título deseado con amor por el hombre de sus campos.

Algo falla en el proceso. La política agraria de nuestros Gobiernos no ha sido nada clara respecto al olivar. Pero desde hace unos años parece interesada en que los olivos desaparezcan, los empresarios se aburran y que las quinientas mil familias que, aproximadamente, dependen de este cultivo aumenten en su penuria en estas horas de paro, al carecer de la esperanza de la aceituna.

Una serie de interrogantes se abren ante el futuro. El primero se nos presenta ante la continuidad histórica del cultivo olivarrero. El campo se está quedando sin juventud. El olivar no le interesa al joven, ni como herencia —porque no rinde—, ni como trabajo —porque es duro y penoso.

También cabe preguntarse qué dependencia del exterior